

El Cacho

Estampas, 1957-02-07.

Cualquiera que vea a Ñelo así, en cuclillas, abrazado a sus piernas, mirando al mar desde detrás del único bote que queda en la playa, creerá que está haciendo otra cosa. Pero Ñelo, viejo y todo tiene sus pantalones de un tono ajado bien amarrados. Viste, además, un saco limpio color de mar abotonado en el cuello y un sombrero de cogollo y unas alpargatas negras. Agachado como está ahora, mide más de un metro. Parado, casi dos.

Es un hombre flaco, erguido, con brazos que mueve como aspas de molino al caminar. Y tiene dos ojos chiquiticos y risueños escondidos entre párpados hinchados de albúmina, y una boca sin dientes, y un mentón salido y redondo como una proa ya gastada. Todo lo que puede gastarse una proa de pescador en casi setenta años de brega y brega con guaral, mandinga, remos, bote, hijos, mujer, nietos, mar y hasta motor, un "motorcito cinco" que le ayudaron a comprar hará tres años por la Santa Cruz. La brega se le nota en un incipiente ladeo de cintura y en el color, un colorcito de arena mojada que le cambia a verdoso de alga cuando sopla el fresco del poniente al atardecer. Pero una brega que no ha hecho mella en su vieja sonrisa de abuelo, en su disposición de echar una mano al compañero, en su alegría casi infantil de contar un cacho durante las tertulias largas de días enteros en el varadero de botes de pueblo-abajo, con los compañeros de siempre.

El sol ya sube por Punta Moreno. Hay una docena de botes a media milla pescando sardina. Hay tres lanchas más frente al farallón. Las demás salieron de Pampatar un poco después de la media noche, y estarán por El Cárpano y La Rama de Ño Hilario o La Barena, donde ya pinta el carite. Estos son fondos pesqueros para ir con motor. A remo es lejos.

Ñelo tiene los ojos amarrados a los botes que quedan más cerca. La sardina viene retinta. Cuando el alcatraz se zumba en el negrízal, es que es sardina. Donde bate el mar es para coger balajú, un pescado largo que anda por la orilla, y desde cien metros se puede pescar sardina, hasta a veces varias millas mar adentro. Ñelo piensa que la sardina es buena carnada para pargo, para carite, para toda clase de pescado. Conoce por un viraje del bote, por una posición del hombre, cuándo entra la sardina en la red. Y se le vacía y le brillan los ojitos desde dentro y se la echa la proa de su barbilla adelante, y entonces levanta de un manotazo su sombrero y dice:

"¿Ah, cará"!... consiguió el pescaíto... –y se abraza a sí mismo, con sus aspas batiendo el almacén de su huesero– ¡Ese Hilario es bien habilidoso, cará!"...

Y se para. Parece un remo vestido. Al remo le sale un aspa, lo dobla y lleva su mano grandota, como una pala, a la cintura. Así, con la mano protegiendo su riñón, es como Ñelo suele decir:

"Y el pescaíto nadando y yo detrás"...

y alguien le salta para embromarlo, nada más que para jurungarlo, porque él no se pone bravo nunca: "¿Cómo va a nadar, abuelo, si tiene ese riñón echao a perder"... y entonces Ñelo no hace caso, pero quita la mano de su cintura y sigue contando con el sonsonete que pone su emoción en el ritmo: "... y entonces se zumbó contra el bote y..."

El aspa izquierda del remo se desliza insensiblemente sobre la popa de "Elisa", un botecito de media tonelada azul lavado y blanco. Está solo, proa a la mar, calzado con tacos de madera, como bote ocioso de temporadista. La mano grande de Ñelo acaricia su embarcación sin mirarla. Donde tiene los ojos puestos es en los botes que andan a la sardina. Ahora es Bacho quien lanza la red desde su "Margariteña", y "*¡cará, estuvo bueno!*"... y la mano grandota de Ñelo sigue acariciando a "Elisa", el único bote de pueblo-abajo que no salió esta mañana a la mar.

Ya el sol tiene un palmo sobre Punta Moreno, que perdió su sombra echada en el mar, y la playa, hasta Punta Bergantín, es como un arco grande, templado, cargado en El Fuerte. La casota se ha incendiado con sus amarillos y ocres de arena, sus grises de roca, sus rojos descoloridos de teja, sus verdes de abrojo, sus mates reseco en las enramadas de palma de coco, sus blancos sucios de sal mal cuajada en las arenas bajas de La Caranta. Y el aún reciente azul oscuro del mar se cambia a verde transparente cerca de donde baten las blancas cenefas de la orilla, verde con azules y morados y azulillos, con escamas amarillas y blancas, donde se mecen los botes. Y comienzan a llegar de levante flechas y arcos y otras formaciones de cotúas que llegan todos los días, Ñelo dice que desde la Laguna de Valencia, a buscar comida en la Laguna de Gasparico. Y se enciende también de sol el blanco comido y el azul lavado de "Elisa", y se incendia el sombrero de Ñelo, en quien prenden sus tímidos pelitos blancos de barbita ya espaciada y sus ojitos de hombre alumbrando una ancha alegría de muchacho. Entonces se agacha otra vez para caber dentro de la sombra que ha nacido en la mañana recostadita contra el bote, y de nuevo pone los ojitos en las embarcaciones que pescan sardina a media milla, abrazado a sus largas piernas dobladas sobre sí mismas, como una ballesta que hace tiempo perdió la fuerza de disparar.

Ñelo siente el peso de la tibia sombra de "Elisa" sobre su cara, sobre su espalda, sobre su riñón, sobre sus piernas, como un manto azul y blanco que huele a salitre y a brisa.

El vio nacer su lanchita desde el mismo momento en que tendieron sobre la arena, bajo la enramadita de palma de coco de Luis Tillerero, la quilla del bote, que es como la base de la embarcación. Era un buen palo de yaque, que todavía se cortaba en la isla, lo que en tierra firme llaman cují. Después le pusieron sus cuadernas maestras y el yugo, que es el espejo de popa, y le plantaron su proa, que es como la nariz de uno. Cuando le pusieron el muerto bajo la quilla, en popa, como el viejo Tillerero ponía siempre a las embarcaciones de pescar y a las piraguas de calar, sabía cómo iba a resultar el bote de marinero y de rápido. Al viejo Tillerero le decían: "queremos una embarcación para una tonelada" y prácticamente trabajaba eso, sin saber nada de teoría. Y salían las lanchas como no hay otras en la isla ni en costa firme. Era cuando Luis Tillerero fabricaba embarcaciones para Coche y para Boca del Río y La Guardia y Juangriego y Chacopata y hasta para Cumaná. Y cuando Ñelo midió a ojo la eslora y la manga y lo hondo que tenía la embarcación, la vio talmente como era "Elisa" ahorita. Después comenzaron a

vestirla con barengas, y de entre las barengas le fueron metiendo las demás cuadernas, cortadas con hazuela, algunas en madera de palosano o vera, otras en yaque, y después cortaron las tablas, con medidas tomadas por medio de fasquías para darle la curvatura, y más luego las pegaron a las cuadernas por prensa. Después, como al mes de poner la quilla, vino la tapa, y "Elisa" quedó completa, con curvas y todo. Entonces la carenaron con los hierros y la estopa preparada con aceite, después le pusieron la masilla, le dieron su baño de aceite de linaza y la pintaron. Cuando le dieron la segunda mano y le pusieron: "Elisa-Pampatar", resultó la embarcación más linda salida desde siempre de la enramada de Luis Tilleró.

Ya desde entonces Ñelo supo que duraría más que él. Porque a un bote, cuando se hace viejo, se le cambia una tabla o se le pone una cuaderna nueva o se le pinta, y siempre está el bote ahí. No es como uno, que le ponen un brazo de goma y una pierna de madera y llega un momento en que se acaba; no el repuesto, sino el lugar para amarrarlo.

En las embarcaciones, una tabla nueva ahí mismo se hace bote. Lo que sí se acaban en los botes son los motores.

El motor de Ñelo prende en tierra y en la mar no prende. "Debe ser la cámara. Estos mecánicos de por aquí no saben nada. En esos grandes talleres de la costa firme sí saben"...

Ya son tres meses con el desperfecto. Y tres meses sin salir a pescar. Si alguien se atreve a decir que es por lo viejo de uno, no es verdad. A Ñelo le pasa un nudo como un puño así por la garganta cuando al llegar en la madrugada, con los demás, alguien le dice para mortificarlo:

– ¡Ah, aquí está el viejo, cará!... ¿Cómo está ese Yonson?...

Porque el suyo es un Yonsoncinco, que *jera como un rayo, cará!...*, pero que ya no vale la pena. Las piezas, y que las tiene malas. Que los mecánicos no le encuentran nada. "Dicen que será la cámara; la cámara es donde están los pistones"... Pero eso no quiere decir que su lancha sea una lanchita de palero. Es su motorcito cinco el que está echado a perder. Que lo diga Pedro Antón León, mal llamado "animal de montaña", porque, aquí, en la mar, todos tienen su mal nombre. Pedro Antón no es hijo suyo, pero es familia. Ellos siempre iban juntos, porque los hijos de Ñelo no están aquí; lo que quedó de sus hijos en la casa fueron cuatro nietos. Que lo diga él, Pedro Antón, si su bote es una lanchita de palero...

"¡Cará!... Bacho es bien chiva... *¡Ahí le viene otro retinto de sardina.* La escurana camina, camina, Bacho... ese bote compadre... ¡Ahí está!... ¡eso es!... y ahora *¡hala, hala, compañero!*..."

Ñelo y su bote siguen desde la playa todos los movimientos y todos los apuros de sus compañeros de mar. La lancha, quieta, con su color de salitre; el viejo doblado dentro de la menguada sombra del bote, moviendo los brazos como aspas, con un ala de su sombrero ya llena de sol.

Hay dieciséis botes en pueblo-abajo, en la playa que termina en Punta Moreno, y hasta cincuenta lanchas habrá, bien mirado, Pampatar arriba o La Caranta, que termina en Punta Bergantín, y no hay más grandes, ¡cómo no!, y más pintados y más todo; pero así, completo, como "Elis", ni siquiera uno.

Para saber lo que vale un bote, hay que probarlo a remo. Hace años, cuando nació "Elisa", en Pampatar-abajo sólo había seis botes: los de Braulio Carrillo, Francisco Acosta, Tomás José, Félix Salazar, León Tiller, hermano de Luis, y él, Cornelio Mujica, que para todos menos su mujer es Ñelo. A los remeros de entonces los llaman "bueyes"... ¡Aquellos tiempos cará!... (el sombrero arriba). Iban a los carites hasta Guanare, frente a Puerto Fermín, que es El Tirano, que son como cinco millas. Salían a media noche, y cuando las cotúas regresaban a comer al Lago de Gasparico, cerca de las seis, como van todavía, las embarcaciones estaban ya frente a las diez islas de Los Frailes. Entonces se ganaba menos, pero se vivía mejor... (sombrero abajo).

Ya el motorcito no sirve. Hay que conseguir uno nuevo.

Ñelo se echaba todavía su pescaíta hasta hace tres meses, "pa uno vivir", porque bien mirado, salir a la mar no da ni para sancocho. Pero algo se descompuso dentro de las tripas de su motorcito cinco. Antes se iba a remo, pero ahora no. Ahorita no hay tiempo para remo. El Gobierno se debe dar cuenta de eso. *¡Están viviendo muy mal! ¡Hay veces que no se halla qué pescado poner en las planillas!* Antes, si les tocaban cinco bolívares, gastaban tres y les sobraban dos. Ahora no les alcanza para comer el día. El pescado está más caro, es verdad, pero ahora hacen menos y los víveres son más costosos.

Sí, ahorita se pesca menos. Y es porque el pescado anda lejos. Vienen de fuera con máquinas de argolla, cercan el pescado donde quiera que lo encuentran, le meten un bombillo bajo el agua para que el pescado se abolle; entonces lo cercan con las argollas, lo cargan, y el resto del pescado, asustado se va. Y pescado que se va, no vuelve.

Ellos, que son pescadores de guaral, con motores de fuera, que también llaman de borda, pescan todo a anzuelo, y su pescaíto está cada vez más y más lejos, donde no alcanzan los remos. Hay la mandinga, para curel, aranchana, pargo, sardina y hasta carite a veces, pero sólo para cuando el pescado entra dentro. Lo de la sardina perjudica la pesca de guaral, porque la tienen dos y tres días, por lo mucho, y con la hediondez, el pescado se va. "Eso debería privarse"...

... "¡Ah!... -Ñelo, con su sombrero y su hombro izquierdo ya lleno de sol bracea otra vez, y se para, como un palo, y señala con un dedo largo y flaco unas manchitas blancas en el mar -¡Cará!... es curel... -y bajando la voz... o puede ser tonino... *si es curel* (la voz arriba) puedo esperar que se acerque y lo cogemos con una mandinga...- y el viejito sigue con el avance con la punta gastada de su barbilla adelante.

Echa el sombrero para atrás, se quita con el dedo índice unas gotitas de sudor que le perlean debajo de la nariz, avanza dos trancos largos hasta la proa de "Elisa" y se agacha donde la sombrita es más larga, y los dos, bote y viejo, de nuevo mirando al mar juntos.

"Hay que esperar que se acerque a tierra pá cogerlo con mandinga"...

Su motorcito cinco está maluco, no prende. El único que puede ayudar es el gobierno; si no ayuda el Gobierno, no ayuda nadie. "De que yo tengo esperanza es del Gobierno. Si no halla medio de trabajar, llevará su botecito a la casa. No tiene la manera de componer su motorcito cinco. Si hallara quien lo comprara, él lo vendiera e hiciera la manera de ponerse en uno nuevo... Los motorcitos, después que se echan a perder, son una broma.

A Ñelo se le han puesto los ojos aún más chiquiticos de seguir el avance de curel. Se echa su sombrero adelante, para descansar, y mira a la arena, que todavía está fresca.

Entonces sus ojos revientan en estrellas de oro, y después aparecen fondos rojos y fondos verdes, y sobre estos fondos, como mares, unos botes de colores. Poco a poco los va distinguiendo. Están la "Margariteña" de Salazar, y "La Virgen del Valle" de Ño José, y "El buen viaje" de Hilario... *¡Y aquel retinto de sardinas, cará!... Y aquel mar de carites, pargos y curbinas y picúas y anchoas...*

Ñelo tiene un momento de indecisión, como si, tan cerca aún de la vigilia, su recelo de viejo sospechase un engaño. Pero en seguida se endereza, y corre, tieso, largo, braceando, hablando con alguien que no se ve. En un áltico, cerca de la playa, hay un ranchito limpio, con una enramadita al fondo. Entra Ñelo al fondo de la casa y recoge del piso dos remos largos, los carga sobre el hombro izquierdo, descuelga los rollos de guaral y los ensarta en el mismo brazo: después, con su mano derecha recoge del suelo un gran rollo de cuerda y la anchita para fondear, *¡y sale caminando con paso de legua, cará, cerro abajo...* Y de un salto se pone en el bote. Zumba los remos y los guarales y la cuerda con su anchita dentro, y levanta a "Elisa" por la proa, le quita el calce, hace lo mismo de atrás, livianito el bote, como si se hubiese vuelto atrás de muchos años...

– ¡Corneliooooo!... –Es una voz vieja en espiral, que entra como un tornillo hasta el fondo del oído de Ñelo.

Esa es Elisa, su mujer... Ya le va a echar su bollo por salir solo a la mar...

Ñelo no la oye, pero sabe lo que le está diciendo su mujer. Pero lo que es hoy, sale. La voz de su mujer se la comen la brisa y el mar, y Ñelo se descalza y deja sus alpargatas en popa y empuja su bote, que se desliza como si le ayudase una cuadrilla de hombres. Las olas hacen dar dos, tres brincos a "Elisa", pero la lanchita se endereza y flota, derecha, guapa, como en sus buenos tiempos. Entonces Ñelo monta de un brinco sobre el bote, cruza los puños de sus remos y... *¡Ah, cará, esa embarcación sí era buena!... ¡Qué su lanchita era un botecito de palero!... ¡ja!... ¿No hay nadie en la playa ahora?... Nadie... En el mar tampoco. Se habrán ido a algún fondo a pescar. ¡Con todo el pescado que hay aquí, sólo a la altura del farallón... Ahora lo puede ver bien clarito...*

¡Ah, cará!... El vivero tiene el boquete sin taponar y hace agua. No es que se vaya hundir el bote, porque el vivero ya está preparado para pescar a lo vivo, y el agua no alcanza sino un nivel. El invento lo trajo un español "hacen años", y Luis Tilleró le puso después su vivero a "Elisa". Así no era como antes, que tenía que tener un muchacho achicando el agua.

El que inventó el vivero debía ser un hombre avisado, y flojo, porque ¿cómo se pone uno a pensar que haciendo el vivero de esta manera no hay necesidad de achicar, y que poniendo la concha en el boquete, lo que se dice "en la contra" se llena el vivero de agua, y que poniéndola al revés, se vacía ello solo? Eso es de flojo; pero de un flojo muy vivo...

Pero no hay tiempo de andar con el vivero en la cabeza. Ahí está el pescaíto... *¡Y rema y rema!...* y "Elisa" se hunde justo lo necesario para avanzar más, y hasta el vivero lleno de agua parece ayudarla en lugar de frenar como un lastre...

¡¿Y la sardina para carnada?!... Primero tendrá que pescar la sardina. No hay apuro. ¡Pero no tiene red!... Se le quedó en la casa. ¿No sería eso lo que le gritaba Elisa desde la enramada? Pero qué va, ella lo que le decía es que no se fuera. Pero él tiene fuerzas y brío para salir a pescar solo...

"Santísimo Cristo, haz que eche mi pescaíta con bien y que coja un cargamento de cumaro y pargo que brille como los milagros del Cristo"...

Y rema y rema, cruza el puño por arriba y cruza por debajo, y "toma guaral, pescaíta; muerde, que mi sardina es fresquecita"... (... "¿De dónde sacaste la carnada, viejo?" una voz) Ñelo callado. Y "¡sás, sás", como latigazos, el guaral, y el pescaíta que no muerde. Y *pacá el guaral y p'allá el guaral; "sás, sás, sás!"* los estirones, y siempre el anzuelo peladito...

El pescaíta debe estar más arriba, detrás del farallón... ¿Y si fuese al fondo del Cárpano?... *"Vamonos, botecito, p'alla"...* Ñelo rema y rema, y "Elisa" adelante, guapa, fina, "sís, sís, sís, sís, sís", cortando el agua suavemente, como una tijera bien amoladita. Ñelo enfila a barlovento de la cabeza de La Ballena. Es un hogar tranquilo, ágil, limpio, como en sus buenos tiempos. ¡Que Ñelo era viejo, porque apenas había cumplido los setenta años!... Y "Elisa" con él, en el mismo esfuerzo, sintiendo desde los garrotes en que se apoyan los remos hasta el espejo de popa, que es ya más descansado de la embarcación, el ritmo del mismo bregar poderoso que nace en los pies descalzos de Ñelo, apoyados dos cuadernas más abajo, toma fuerza en las rodillas, respira en los fuertes pulmones del pescador y sale por los dos brazos largos que cruzan y recruzan los puños de los remos "rís, rís, rís"...

Y otra vez, *sás, sás, sás, sás"...*, guaral para acá, guaral para allá, cruzando y recruzando los brazos, como liando un enorme paquete invisible... Y otra vez nada.

"En este fondo ya no queda pescado –dice Ñelo– se iría más al norte, a la Rama de Ño Hilario". Es un fondo donde hay rama y que se llama así porque lo encontró un señor antiguo" que lo consiguió primero. Y "¡rís, rís, rís, rís!", el remo, y "sí, sí, sí, sí", cortando el agua "Elisa", "plá, plá, plá, plá" el mar en el costado de la embarcación.

Y en La Rama de Ño Hilario, lo mismo.

Entonces a sotavento, rema y rema, a La Barenga. Y en La Barenga, nada. Y otra vez al sur de El Cárpano, a un fondo que llaman la Ermita, porque se marca con la ermita de Los Robles, que tiene que pegar por sobre del Coronto, ese ferro puyúo que está ahí, cerca de Bergantín. Y en la ermita, brega que brega, y nada.

Entonces a Ñelo comienza a desinflársele el pecho como un globo pinchado, y a sus rodillas se le agarrotan los goznes, como si fuesen de hierro viejo, y hasta se oye un "crik-crak" cansado que llega desde algún lugar de "Elisa". Es cuando Ñelo levanta su sombrero y mira con los ojos más chiquiticos que nunca hacia Pampatar, y ve primero el farallón, y después las casitas, y la playa, que asemeja un pecho de mujer, con su rada resguardada por Punta Moreno y Punta Bergantín, que son como dos pezones. Y se rehace...!

¡Cará, que hay que conseguir el pescaíta!...

Y como a la voz, aunque Ñelo sólo lo haya pensado, se levanta una brisa fuerte, como de tormenta. Y Ñelo mira al cielo con temor piensa por un segundo en El Viejo como para recordarle su petición de un rato antes, y boga y boga hasta poner el cerro o la cuchilla de Guarapotú por la quebrada de Punta Gorda, un cerro que queda en la playa de Comoquerigua, y después, ya peleando abiertamente con la brisa y el mar cada vez más bravo, a El Chaure, que queda a sotavento de la ermita, un buen punto paraguero y nadando el guaral y arañando en el mar los anzuelos y braceando las aspas

de Ñelo con sus prolongaciones de remo entre silbidos de la brisa; pero el pargo sin dejarse coger. Y entonces hacía Los Blanquizales, un punto donde blanquea la piedra, que llaman de Maitilio, pegando la Punta Moreno con la casa de La Salina, sobre un cerrito que queda a barlovento. Ñelo, para más seguro, lo coge además con la piedra "ahogá" que sale por la Punta de La Ballena...

"¡El primer pescaíto!"...

Pero la alegría de Ñelo al hablar el guaral se vuelve cacharo. "Pescar cacharo es trabajo de vagabundos, porque es un pescaíto pá vender por cuartillo un pescaíto ahí"... Y Ñelo, digno, lo bota al agua.

Y entonces a El Tomás, que se marca en la trompa del morro de Porlamar con el rabo del farallón, que lo descubrió el tuerto Tomás "hacen ya años". Y tampoco na. Y el mar más bravo, la brisa más fuerte, Pampatar más lejos, "Elisa" más cansada y él, Ñelo, como en pedazos, con los brazos volando, los pies en el mar, con los riñones heridos con clavos de a palmo y las rodillas rechinando como herrumbre.

Entonces, de entre el polvo de agua que trae el viento y que casi no deja ver ni el farallón ni Pampatar ni las puntas, como un silbido de diablo huyendo, un como galope de mil caballos: "¡Tracatá, tracatá, tracatá!"...

Y el ruido cada vez más cerca y más duro: "¡Tracatá, tracatón, tracatón!"...

Y entonces una luz terrible, como un relámpago, y otra vez la neblina y el viento, y "Elisa" como gimiendo, y Ñelo...? y los remos, dónde están los remos?... Y otra vez: "¡Trocotón, trocotón, trocotón, trocotón, trocotónnn!"..., como mil caballos huyendo como diablos ante una cruz...

¡El alma del Tirano Aguirre galopando en la tempestad!... "¡Trocotón, trocotón, trocotón ¿Cómo podrán los caballos galopar en el mar?... !! Un espanto, un espanto horrible!!..."

Después, de nuevo el silencio del mar, un silencio de viento y tormenta; y el bote barloventeando, al garete...

Entonces mismo, en ese mismo instante, un enorme pescado a sotavento...

¡Pero un pescaote así!... ¡Y Ñelo que se pega detrás, rema que rema. Y Ñelo acercándosele más y más. Y cuando llega como a veinte metros... ¡zás! el arpón ("sino llevas arpón, Ñelo, una voz de alguien como cuando le interrumpen un cacho), pero Ñelo derecho al pescado, y el arcón también justo en la mitad del amplio lomo del gigante; y nadando como loco el pescaote, y corriendo "Elisa" como si fuese volando, y Ñelo soltando guardal... Y por fin el pescaote que cede y cede, y se deja hablar... Entonces Ñelo, ¡guaral p'acá, guaral p'allá, el pescaote muerto cada vez más amarrado al costado izquierdo del bote, y "Elisa", tan valiente hasta entonces que comienza a acostarse y a hundirse pero entonces Ñelo pone más guaral, dice unas palabras de aliento a "Elisa", y todo listo, como en un sueño.

Y entonces mismo, cuando estaba todo listo, comienza a llover. Pero no una garuíta, sino como si se estuviese vaciando un mar. Son las nubes mismas que se vuelven todo agua salada, y se hace todo tan oscuro que no se ve nada, ni el pescado, ni siquiera las manos grandes de Ñelo, agarradas quién sabe a qué. Y luego viene más viento, y el mar se pone más bravo. Mar por arriba, mar por abajo, mar por los costados... "Un paquete de velas al Santísimo Cristo si salgo con bien"... ("¿y la petición de hace un

rato?", la voz de antes). Ñelo está dispuesto a quedarse sin el cumaro y sin el pargo, pero si se pudiese salvar el pescaote...

"Me dejas sólo el pescaote".

El Cristo no dice nada. Y entonces mismo, como un castigo, un grito de "Elisa", como de choque, y Ñelo tan largo como es, de cabeza al mar.

– Cornelio, Cornelio...

Es Elisa.

– Como que te dormiste... Yo esperándote con el desayuno y tú durmiendo, pegado a tu bote...

– Sí, vieja, ya va...

Ñelo se para despacio. "El curel ya se ha ido"... "Vaya con Dios el pescaíto"... Las rodillas las tiene duras, como hierro viejo, y el mar está tranquilo y azul con verdes y blancos y azulillos y morados en pedazos, y el sol está ya muy arriba, toda la playa, desde Punta Moreno hasta Punta Bergantín es como un caliente abrazo de mujer, con su agrio olor a salitre y regusto de alga...

Y despacio, como si estuviese cansado, pero erguido, con la mano derecha en el costado, Ñelo sigue sin decir palabra a su mujer, cerrito arriba hasta donde están los guarales y los remos y la red que no se llevó y la anclita para fondear. Y comprueba por si acaso, uno a uno si están todos...

– ¡Un buen cacho para los muchachos, cará!...

– ¿Qué dice, Cornelio?...

– No, nada, que estoy pensando en cómo haga para componer ese motorcito, cinco, ¡cará!...